

ENTRE LATIDOS

DIEGO LANEVE

ENTRE LATIDOS



klavierediciones

Laneve, Diego Entre latidos / Diego Laneve.
1a ed. - Córdoba : Klavier Ediciones, 2025.
94 p. ; 21 x 15 cm.
ISBN 978-631-90843-7-5 1.

Autobiografías. I. Título. CDD 808.8035





Editor Literario: Mario Alfaterra
Directora Creativa: Marina Alioni Carranza
Diseño de cubierta y portadillas: Sparza Studio Design
Las imágenes presentes en este libro no representan a personas reales, realizadas por el Sparza Studio Desig con IA para esta edición.
Todas las imágenes están registradas.

© 2024 DIEGO LANEVE
© 2025 KLAVIER EDICIONES

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, o transmitida de manera alguna, ni por medio ya sea eléctrico, químico, mecánico, optico, de grabación o de fotocopioas, sin previo aviso del editor y/o autores.

PRÓLOGO

Resiliencia Calamar

Hacer un resumen de una obra suele ser una tarea sencilla: basta con leer el texto y condensar su contenido. Sin embargo, lo que Diego nos deja en estas páginas es mucho más que un relato: es una experiencia, un testimonio lleno de sensaciones reales, un ejemplo viviente de lo que significa la palabra *resiliencia*.

En más de una charla especializada dentro del área técnica de dispositivos médicos, lo he mencionado como caso emblemático de superación constante. A lo largo de su historia, Diego nos demuestra que su obstinación por vencer a la adversidad, con todos sus disfraces, jamás lo doblegó.

Su maravillosa familia y ese puñado de amigos que lo rodean funcionan como arterias adicionales, sosteniéndolo simbólicamente en ese equilibrio entre corazón y cabeza, que permite lanzar al viento su grito de lucha: *"¡Vamos que vamos!"*

Su Platense querido, simbolizado por un calamar, parece describirlo a la perfección. En cada momento de oscuridad, Diego supo recurrir a su propia tinta para espantar las tribulaciones. Y, como el calamar, que tiene tres corazones, podría decirse, de manera simbólica, que Diego también los tiene. Tres etapas bien marcadas, documentadas, donde un corazón sostuvo al otro, y el alma los hizo latir al unísono con una mente fuerte, equilibrada y valiente.

Concientizar sobre la vida con una cardiopatía congénita y derribar los estigmas que la rodean es un acto de enorme valor. Hoy, la muerte súbita se lleva una vida cada quince minutos en nuestro país: una pandemia silenciosa que aún no ha sido resuelta.

Tener a alguien como Diego en esta cruzada es, para mí, una bendición.

Las palabras que componen este libro podrán ser leídas como un testimonio, tal vez como una fuente de inspiración; pero para mí, son mucho más: son la historia viva de un gran amigo que la vida me regaló. Este relato debe ser leído, compartido, sentido. Porque *resiliencia*, a veces, deja de ser una definición académica para tomar forma humana. Diego vació el vaso amargo de la adversidad para llenarlo con el mejor vino del amor puesto en acción.

¡Vamos que vamos!

Charly (Prof. Carlos López)

CAPÍTULO 1

Una historia que late desde el comienzo

Esta historia comienza el veinticinco de noviembre de 1978, el día en que nací. Ese mismo día, los médicos le dijeron a mi madre que, si lograba pasar la noche, sería un verdadero milagro de Dios.

Nací con una cardiopatía congénita: los grandes vasos sanguíneos estaban invertidos. Al día siguiente, me realizaron un cateterismo de urgencia y se descubrió que esta malformación podría operarse en el futuro. Estuve internado quince días y finalmente me dieron el alta. Así comenzó una nueva etapa de esta hermosa y desafiante historia.

Tras consultar con médicos de confianza, mi padre se entrevistó con el Dr. Kreutzer, una eminencia en cirugía cardiovascular que por entonces introducía técnicas innovadoras traídas del exterior. En aquella época, muchos niños eran derivados a Estados Unidos para estas intervenciones.

La fecha programada para mi cirugía era el dieciocho de junio, en el Hospital Español de la Ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, ese día, momentos antes de entrar al quirófano, se presentó un médico del equipo de Kreutzer, pero no él en persona.

Dato aparte: las otras tres operaciones realizadas ese mismo día no tuvieron buenos resultados y, lamentablemente, los niños fallecieron.

Ante esta situación, mi padre, junto con mi abuelo, el gran José, decidió suspender la cirugía. No era lo acordado y no estaban dispuestos a correr riesgos.

Finalmente, la operación se realizó el veinticinco de junio de 1979. Me practicaron una corrección de la transposición de

grandes vasos con el método Senning. Conservo el parte médico de aquella intervención; leerlo aún hoy me conmueve profundamente. Me emociona pensar en todo lo que se hizo para corregir aquella cardiopatía congénita. Para ponerlo en contexto: en Argentina, alrededor de siete mil niños nacen por año con alguna afección cardíaca.

Las siguientes cuarenta y ocho a setenta y dos horas eran clave para la evolución, y gracias a Dios, fueron horas positivas: sin fiebre ni síntomas coronarios. El alta llegó el doce de julio, y con ella, una vida nueva, con los cuidados propios de una cirugía de semejante magnitud.

Mi infancia transcurrió entre plazas, colegio, fútbol y mucho amor por parte de mi familia. Desde pequeño, mis amigos sabían que había sido operado del corazón. Cada año me realizaban controles en el Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez, con la Dra. De Dios y el Dr. Pedrini, junto a un equipo de enfermeras que nunca olvidaré.

Años más tarde, sentí curiosidad por conocer a quienes me habían operado. En 1998, pude reencontrarme con el Dr. Guillermo Kreutzer en la Clínica Bazterrica, acompañado por el Dr. Andrés Schlichter. Me comentaron algo que me marcó: muy pocos chicos que atraviesan este tipo de cirugía pueden llevar una vida normal, sin grandes restricciones, incluso practicando deportes.

En 2020, durante un control anual, me diagnosticaron bradicardia: una frecuencia cardíaca anormalmente baja, menos de sesenta latidos por minuto. Los médicos decidieron colocarme un marcapasos de manera preventiva. Después de veintiún años, volvía a entrar a un quirófano. Esta vez, lo viví consciente. No recordaba nada de mis intervenciones de niño. Fueron días de nervios, ansiedad y tristeza, pero también de fe. Confiaba en que todo saldría bien. Dios lo haría posible.

El procedimiento se realizó el ocho de junio de 2020 y duró poco más de dos horas. Luego pasé a la habitación para comenzar una recuperación que duró casi veinte días. En ese proceso conocí al Dr. Oseroff, una eminencia en electrofisiología. Desde entonces, la vida tomó otro rumbo, con un nuevo compañero permanente en mi cuerpo. Surgieron dudas y temores, como suele pasar en estas situaciones.

En 2004 llegó Linda, mi gran compañera de vida. Todo volvió a tomar un rumbo hermoso, con la ilusión de formar una familia. El veinticinco de noviembre de 2006 nos casamos.

Pero en 2009, el veintiuno de mayo, la vida nos enfrentó a una nueva prueba: debían cambiar la pila del marcapasos, junto con el aparato y sus cables internos. Una vez más, el quirófano. Una vez más, revivir la aventura.

En 2013 y 2016 llegaron nuestros dos hijos, Joaquín y Pedro. Ellos son, junto a Linda, el motivo por el cual mi corazón late con tanta fuerza y alegría.

Todo transcurría con normalidad hasta agosto de 2018, cuando nuevamente fue necesario reemplazar la batería del marcapasos. Esta vez, la internación fue de un día para el otro. Pero los miedos eran diferentes. Ahora era padre, y tener hijos pequeños cambia por completo el tamaño de cada problema. Gracias a Dios, la operación fue exitosa, y pude retomar mi vida con normalidad, respetando los parámetros de una cardiopatía congénita.

Quiero hacer una aclaración: tener una cardiopatía no significa no poder hacer nada ni vivir con miedo. Significa vivir con los cuidados necesarios y realizar controles médicos anuales, pero también significa poder hacer de todo, dentro de los límites que cada uno aprenda a reconocer.

Luis Bruce

UN HERMANO QUE ME DIO LA VIDA

"El comienzo de una gran amistad"

Conocí a Dieguito allá por los comienzos del año 2000. Desde ese primer encuentro, supe que estaba frente a una persona especial. Su don de gente se percibía a la distancia: cálido, cordial, siempre de buen humor. Pero si hay algo que desde entonces quedó grabado en mí, es su sonrisa.

Esa sonrisa que lo define, que atraviesa cualquier circunstancia con una resiliencia admirable. Pase lo que pase, ahí está él, con esa expresión amable que le nace del alma.

Ya han pasado más de dos décadas desde aquel día, y con el tiempo no ha hecho más que crecer mi admiración por él. Diego vive con pasión. Enfrenta cada etapa de su vida con una determinación y una valentía que pocas veces he visto. Y si algo lo vuelve aún más entrañable, es el amor profundo con el que cuida a sus tres grandes amores: Linda, Pepo y Joaco.

Basta con verlo mirarlos para entenderlo todo.

¿Qué decir de este Calamar único? Es una de esas personas que dejan huella. De quienes uno aprende, con quienes se disfruta, y a quienes agradece tener cerca.

Me honra su amistad, y me emociona seguir compartiendo la vida con él.

Diego es ese tipo de amigo que todo ser humano debería tener al menos una vez en la vida.

Daniel Laneve, mi padre

DIEGO... UNA HISTORIA DE VIDA

No voy a referirme a fechas puntuales, eso ya lo hizo mi esposa, pero sí a algunos detalles que marcaron profundamente lo que fue, sin dudas, la intervención de Dios en decisiones delicadas que tuvimos que tomar… y que provocaron que hoy Diego esté con nosotros.

Diego nació con una cardiopatía congénita: una transposición completa de los grandes vasos. La arteria que debía ir al corazón iba al pulmón, y viceversa. En aquel entonces, los avances científicos no eran tan desarrollados como hoy, aunque ya existían técnicas quirúrgicas capaces de tratar este tipo de malformaciones.

El primer equipo que lo atendió fue el del Dr. René Favaloro, en el Sanatorio Güemes.

Como padres, nuestra mayor preocupación era asegurarnos de que Diego estuviera en las mejores manos. Tras mucha investigación (recordemos que no existía internet), nos convencimos de que Favaloro era lo mejor para adultos, y Kreutzer, lo mejor para niños.

Entonces llegó la parte más difícil: hablar con el equipo del Dr. Favaloro y obtener su visión. Pedí una entrevista con quien era su mano derecha (lamento no recordar su apellido), y una mañana muy temprano me reuní con él en su consultorio. Le expliqué que necesitaba una respuesta no como médico, sino como padre. Le pregunté si era cierto que Favaloro era el mejor para adultos y Kreutzer para niños.

Me pidió que cerrara la puerta del consultorio.

—¡Sí, es verdad! —me dijo, mirándome fijo.

Vino entonces otro desafío. A Diego ya le habían hecho unos diez cateterismos en cuatro meses, y todo estaba registrado en cintas filmadas, no digital como hoy. Le pedí al doctor que me entregara ese

material para llevárselo a Kreutzer. Me citó al día siguiente, a cinco cuadras del Güemes. Cada uno llegaría por su cuenta, y allí me entregó todo lo realizado hasta ese momento. Me pidió absoluta reserva, ya que podría perder su puesto.

Un gran médico y, sobre todo, un gran ser humano.

Comenzamos así la segunda etapa: conseguir una entrevista con el Dr. Guillermo Kreutzer. A los quince días nos recibió. Nos atendió muy bien, explicó el procedimiento posible: una cirugía preventiva al año de vida y una definitiva a los cinco años.

Sin embargo, Diego crecía y aumentaba de peso de forma completamente normal, como si no tuviera ninguna afección. Entonces, Kreutzer nos propuso algo inesperado:

—Diego está tan bien que recomiendo hacer directamente la operación definitiva, si ustedes están de acuerdo.

Y lo estuvimos.

Se fijó fecha para la operación. El viernes anterior ingresó al hospital para prepararse para la cirugía del lunes. Le asignaron habitación y comenzaron los preparativos.

Ese día, nos visitó el segundo de Kreutzer, el Dr. Schlichter. Le pregunté si el lunes lo operaría Kreutzer. Me respondió que no, porque estaba en un congreso en Estados Unidos y que lo haría su equipo.

—Nos llevamos a Diego. Habíamos acordado que lo operaría el doctor Kreutzer en persona —le respondí, sin dudar.

Intentó disuadirme, pero fui firme: o lo operaba Kreutzer o no lo operaba nadie.

Hoy, cuarenta y seis años después, parece fácil contarlo, pero fue una de las decisiones más difíciles de nuestras vidas.

Finalmente, Kreutzer lo operó. Utilizó la técnica de Senning, lo más avanzado en ese momento. Recuerdo ver entrar al quirófano enormes bolsas de hielo. Luego supimos que debían congelar el cuerpo y la sangre durante siete minutos, para así poder realizar la corrección quirúrgica con éxito.

La operación fue un éxito. Nos informaron que era la primera cirugía de ese tipo en Latinoamérica, y la tercera en el mundo.

Diego creció y se desarrolló normalmente, siempre bajo controles periódicos y en manos de excelentes profesionales.

Más adelante fue necesario colocarle un marcapasos, y, recientemente, un desfibrilador subcutáneo. Todo, para prevenir sorpresas y riesgos potencialmente graves.

Nuestro eterno agradecimiento a los médicos y médicas del ICBA, quienes, con su formación profesional y su calidad humana, evitaron un trasplante cardíaco que parecía inminente.

Diego es un luchador. Un entusiasta de la vida. Un hombre de fe.

Formó una familia hermosa junto a Linda y sus dos bellezas, Joaco y Pedro.

Y yo, con todo el orgullo del mundo, puedo decir que soy el padre de un verdadero ejemplo de vida.

Patricia Franke
La famosa tía Patri
DIEGO, UN CORAZÓN QUE LATE FUERTE

Cuando uno tiene hermanos mayores, suele imaginar que, tarde o temprano, llegará el momento de convertirse en tío o tía. Para mí, Diego sería el quinto sobrino, y la emoción ya estaba instalada. Lo único incierto era cuándo. Y de repente, en plena madrugada del veinticinco de noviembre… llegó Diego Esteban. Ya han pasado cuarenta y seis años desde entonces.

Fue bastante inoportuno su nacimiento: tan apurado que no dio tiempo a llegar a la clínica. Esa parte la supimos cuando su papá pasó por casa para darnos la hermosa noticia… y de paso limpiar un poco el auto, que había terminado convirtiéndose en una sala de partos improvisada.

Esa noche no pude volver a conciliar el sueño. La ilusión de conocer a mi flamante sobrino debía esperar hasta la mañana. Apenas me levanté, fui a buscar a mi mamá para acompañarla hasta el lugar de internación. Pero me encontré con la sorpresa de que ya no estaba en casa. Se había ido temprano, sola y sin avisarme. Un poco decepcionada, y sin entender el motivo, escuché a una tía que vivía con nosotros decirme que la "Oma" había salido de urgencia porque Dieguito no estaba bien de salud.

Desde ese momento, todo fue ruego. Le pedimos a Dios que hiciera su voluntad.

Meses después llegó esa operación imprescindible para que su corazón pudiera seguir latiendo. Más tarde, el marcapasos, y con el

tiempo, tantas otras intervenciones necesarias para que pudiera vivir con plenitud.

De lo único que estoy absolutamente segura es de que Dios nunca lo soltó de su mano.

Y Diego, con ese corazón enorme ,y no hablo solo del músculo,, siempre se entregó por completo a esa protección divina. Siguió cada indicación médica con disciplina, y día a día intenta llevar una calidad de vida que muchos damos por sentada… y no valoramos lo suficiente.

Disfruta de su esposa, de sus hijos, de sus seres amados, de sus amigos. Y, desde hace algunos años, también de un trabajo que le permite concientizar sobre la importancia de la donación de órganos para salvar vidas.

Hoy, Diego ya no está en una lista de espera urgente por un nuevo corazón.

Pero… ¿y si mañana nos toca a alguno de nosotros?

Nunca deberíamos preguntarnos "¿por qué a mí?", sino "¿para qué?".

Algún día, lo sabremos.

Soy la tía Patri. La que da gracias cada día por tenerte tan cerca, Diego.

¡Y latiendo fuerte!

Margarita
La famosa Teddy, mi madre
EL BEBÉ AZUL

Viernes veinticinco de noviembre de 1978, diez de la noche.

De pronto no me sentí bien. Comenzaron los dolores de parto.

Mi esposo llegó tarde de trabajar, pero en cuanto me vio, entendió que el momento había llegado. Le pedí que llamara al obstetra, porque el bebé ya estaba por nacer. No quería irme de casa. Hacía apenas catorce meses había nacido nuestro primer hijo y lo había tenido en tan solo diez minutos desde que llegamos al sanatorio. Recordaba perfectamente aquellos dolores de parto.

Daniel llamó al obstetra, quien le indicó que me llevara primero a su consultorio, y si él confirmaba que el nacimiento era inminente, nos internaría de inmediato. Como pude, me puse una bata y salimos. Con gran esfuerzo subí al auto, un Fiat 600, y, a pocas cuadras de casa, sentí que el bebé ya estaba por salir. Me incliné, pasé las manos por debajo de su espalda y, como pude, lo sostuve. Al llegar al consultorio, mi esposo le explicó al médico lo ocurrido. El obstetra, sin demora, llamó al sanatorio para que nos esperaran en la puerta.

Mi mayor preocupación era que el bebé no lloraba. El médico lo acomodó un poco, me dijo que era varón, y salimos volando hacia la clínica. Ya en la vereda, nos esperaban con una camilla. Dos médicos me ayudaron a bajarme, uno me asistía a mí y el otro sostenía al bebé, aún unido a mí por el cordón umbilical. Me llevaron de urgencia al quirófano, cortaron el cordón y me ayudaron a expulsar

la placenta. Luego me trasladaron a la habitación, mientras controlaban a Diego.

Una hora después, me comunicaron que lo habían puesto en una incubadora porque estaba un poco morado. Supusieron que podría deberse al modo en que nació.

Horas más tarde, me lo trajeron: un bebé suave, silencioso, y aún algo morado. No se prendía al pecho y casi no se movía. Yo estaba desconcertada y preocupada. Se lo llevaban nuevamente. Le expliqué a la enfermera lo que ocurría y ella prometió hablar con el médico.

Unas horas después, nos informaron que le harían un electrocardiograma porque seguía cianótico. El resultado fue alarmante. Decidieron trasladarlo de urgencia al Sanatorio Güemes, ya que la clínica donde estábamos no contaba con atención especializada para recién nacidos con complicaciones. Su papá lo acompañó en la ambulancia.

La atención en el Güemes fue excelente. Al día siguiente, le realizaron su primer cateterismo, donde le insertaron un balón para abrirle un poco las arterias y así permitir que su sangre se oxigenara correctamente. Allí recibimos el diagnóstico definitivo: Transposición de Grandes Vasos.

Una semana después, finalmente pudimos llevarlo a casa. Los primeros días fueron de miedo. Apenas comenzaba a llorar, se ponía azul. Lo cambiábamos con mucho cuidado, atentos a su herida del cateterismo, con temor de lastimarlo.

Pero Diego nació luchador.

Poco a poco fue tomando fuerzas. Aunque tomaba solo unos pocos gramos de leche, se lo veía satisfecho. Ya con el diagnóstico confirmado y algo más tranquilos, comenzamos a investigar dónde atenderlo. Mi esposo habló con el médico del Güemes y le pidió una recomendación sobre quién sería el mejor profesional para tratar a Diego.

El doctor mencionó al Dr. Guillermo Kreutzer y su equipo, que junto a su hermano Eduardo, atendían en el primer piso del Hospital

Español. Tenían un equipo médico altamente capacitado y, además, eran excelentes personas.

Kreutzer nos explicó que antes del año habría que hacer una operación paliativa, y antes de los tres años, la definitiva. Por suerte, Diego era un bebé muy sano; solo había que tomar algunas precauciones hasta la primera cirugía. Todas las semanas le sacaban sangre, ya que su sangre podía espesarse y eso aumentaba el riesgo de una embolia. Además, se ponía cianótico al llorar. A pesar de todo, Diego era tranquilo y sonriente, y eso me daba esperanza.

A los ocho meses, a pesar de lo poco que comía, ya pesaba siete kilos. Los médicos consideraron que podía hacerse la cirugía completa en un solo procedimiento. Era una operación compleja. Si salía bien, sería una gran decisión. Si no, la responsabilidad como padres era enorme. Confiamos en Dios y en los médicos, y decidimos seguir adelante.

La operación se realizó el lunes veinticinco de junio de 1979.

Desde el viernes anterior ya estábamos internados. Ver pasar las bolsas de hielo hacia el quirófano me estremecía: sabíamos que lo congelarían por unos minutos. Fueron siete horas de espera y ansiedad.

Finalmente, nos avisaron que podíamos verlo un momento, mientras lo trasladaban a terapia intensiva. Estaba lleno de cables y cañitos, pero estable. Como madre, entraba cada vez que lloraba para calmarlo con una caricia. Cada día le desconectaban algo. Nunca tuvo un bajón. A los quince días lo pasaron a una habitación, donde permaneció en observación.

Yo estuve junto a él todo ese tiempo.

Cuando recibió el alta, Diego pesaba un kilo más que al ingresar. Seguimos con controles semanales, que luego pasaron a ser quincenales, luego mensuales, y a los siete meses del postoperatorio,

le dieron el alta. Al cumplir el primer año de la operación, se le hizo un chequeo general. Todo estaba perfecto.

Tuvo una niñez normal. Aprendió que, si jugaba al fútbol, debía ser arquero. Si jugaba al pádel, no debía excederse de media hora. Aprendió a escuchar a su cuerpo. Durante años, el único detalle llamativo fue que el Holter mostraba alteraciones leves durante el sueño, por lo cual, a los 20 años, se decidió colocarle un marcapasos para estabilizar el ritmo durante la noche.

En el transcurso de los años, todo estuvo bien. Cada año, Diego se realizaba un chequeo general.

A los cuarenta años surgieron algunas complicaciones ,pero eso seguro lo contará mejor él… y sus médicos.

Hoy, este tipo de cardiopatías congénitas se trata con microcirugía, invirtiendo los vasos. En aquella época, hubo que construir un tabique interno para hacer esa corrección. Fue la primera cirugía con técnica Senning realizada en el país.

Gracias, doctores. Gracias a todos los que acompañaron.

Y gracias a Dios, por haber puesto sabiduría en las manos correctas.

¡Te amo, hijo!

Gerard

UN GENIO DE LA MÚSICA Y UN AMIGO DEL ALMA

Diego, ese hermano inesperado que Dios puso en mi camino.

Un guía silencioso, un compañero fiel.

Estuvo para sostenerme, para dejarme ir cuando fue necesario, y para volver a recibirme sin reproches, sin preguntas, simplemente con su sonrisa.

Un corazón luminoso que no entiende de tiempos ni condiciones.

Solo me dejó agradecerle, y ese gesto lo dice todo.

CAPÍTULO 2

Todo cambió en mayo de 2019 – ICBA

Una mañana de mayo de 2019, decidí consultar a un cardiólogo recomendado por Claudio Videla. Uno de los hermanos Kreutzer había fallecido, y ya no contaba con alguien de confianza para realizar mi chequeo anual.

El cardiólogo atendía en Banfield, así que tomé una combi y fui hasta su consultorio. Pudo atenderme ese mismo día. Al revisar el ecodoppler, me preguntó dónde me lo había realizado. Le respondí que fue en mi prepaga. Con mucha claridad me recomendó consultar en el ICBA, con la Dra. Amalia Elizari, jefa del área de Cardiopatías Congénitas en adultos. Antes, debía repetir el estudio.

Solicité turno y me realicé el nuevo ecodoppler el 20 de mayo. Noté que el estudio duraba más de lo habitual. La doctora que lo realizaba llamó a otro profesional. No me gustó esa señal. El procedimiento duró una hora completa.

El diagnóstico: disfunción severa del ventrículo sistémico ,de morfología derecha.

Fracción de eyección (FEY): diecinueve por ciento . El promedio en una persona saludable ronda el treinta y cinco por ciento.

Con esos resultados, el martes veintiocho de mayo tuve mi primer encuentro con la Dra. Elizari. Estuve más de una hora en su consultorio. Me explicó con total sinceridad que mi salud no estaba bien. Desde ese mismo día debía comenzar un tratamiento con cuatro pastillas por la mañana y dos por la noche. Sentí que el mundo se me venía abajo.

Además, me dijo que era necesaria una nueva intervención para corregir las arterias del corazón. Desde ese momento, debía dejar de hacer deportes. Yo practicaba spinning, jugaba al fútbol y llevaba

una vida muy activa. También me prohibió el alcohol, la sal y varios alimentos.

Me recomendó consultar con el Dr. Pablo Spaletra, especialista en cateterismos del lado derecho en pacientes con cardiopatías congénitas. Lo vi el jueves treinta de mayo. Me explicó con un dibujo cómo estaban mis arterias y venas. Su conclusión fue contundente: había que intervenir a la brevedad.

Salí del ICBA llorando, preguntándome: "¿Por qué a mí?". No encontraba respuestas. Pero comprendí que había cosas que no se entienden, sino que se aprenden a sobrellevar. El golpe fue durísimo, pero pensé en mis hijos, en mi esposa, en mis padres y en mi hermano. Y fue entonces que nació esa frase que desde entonces me acompaña:

"Vamos que vamos."

Recuerdo haber llorado sin consuelo durante una hora. Pero al llegar a casa y ver a mi familia, algo hizo "clic". Decidí luchar. Siempre prefiero pelearla de pie antes que rendirme.

Quince días después, un martes, tuve una nueva cita con la Dra. Elizari. Me pidieron que fuera acompañado. Fui con Linda y con mi papá. Nos sentó a los tres.

—Diego, ya tenés una cirugía de corazón previa. No será posible realizar una nueva. Tenemos que avanzar con otro plan —dijo, con serenidad.

—¿Cómo seguimos? — respondí.

—Vamos a iniciar el protocolo de pre-trasplante cardíaco.

Otra vez, el mundo se me vino abajo. Linda, con una mezcla de miedo y desconcierto, preguntó:

‚¿Y ahora qué hacemos? ¿Pedimos un corazón por televisión?

Amalia, con paciencia y empatía, explicó que era un proceso. No era inmediato, pero íbamos a avanzar paso a paso. Iniciamos el

tratamiento con la nueva medicación para llegar a los estudios previos que determinarían si yo era compatible con un trasplante.

No podía dejar de pensar en lo que me ocurrió el dieciocho de julio. Subiendo las escaleras del subte, me sentí agotado, con fuertes palpitaciones. Fui a la guardia del ICBA: análisis de sangre, ecocardiograma y regreso a casa.

Al día siguiente tenía un ecostress programado. Fui con mi padre, ya listo con ropa deportiva. Desde mayo no hacía ejercicio.

—¿Arrancamos con el estudio? —le dije a la doctora al ingresar.

—Con lo que te pasó ayer, si te subís a la cinta, te morís hoy mismo —respondió.

Mi reacción fue de total incredulidad. Le pedí al ICBA que no me asignaran más a esa médica. Su diagnóstico fue correcto, pero su trato humano me afectó profundamente.

Nuevo diagnóstico: insuficiencia cardíaca crónica.

Así la definió la doctora: *"la muerte silenciosa del corazón."*

Desde entonces, me atendieron dos profesionales excepcionales: primero la Dra. Mirta Diez y, actualmente, la brillante Dra. Lucrecia Burgos, una referente en cardiología y trasplantes.

Con ellas comenzamos a preparar lo que yo llamo "el hermoso ocho de agosto."

Dra. María Amalia Elizari
Especialista en Cardiopatías Congénitas del Adulto
CONOCÍ A DIEGO EN EL AÑO 2019

Diego llegó a la consulta luego de algunas semanas en las que, por primera vez en su vida, había comenzado a experimentar fatiga al realizar actividades cotidianas, propias de su rutina diaria.

Durante la evaluación cardiológica programada, se le realizaron un electrocardiograma, una ecocardiografía y la correspondiente consulta médica. Se mostró desconcertado ante estos síntomas nuevos, con temor, sí, pero también con una actitud serena, confiada y esperanzada en encontrar respuestas.

Casado, padre de dos hijos, con una vida laboral activa y un ritmo exigente, Diego presentaba signos clínicos significativos: sobrepeso, hipertensión, taquicardia (frecuencia cardíaca elevada) y, en el examen físico, evidentes signos de retención de líquidos, como edemas e hinchazón.

Había sido operado antes de cumplir su primer año por una cardiopatía congénita compleja: una transposición de grandes vasos. Como suele ocurrir en muchos casos, la sensación de "haber sido curado" tras aquella cirugía temprana había generado en él la creencia de que no sería necesario volver a tratarse ni considerar nuevas intervenciones terapéuticas en la adultez.

Bajo estas circunstancias, debimos conversar con franqueza sobre su futuro tratamiento. Acompañado por su familia, recibió la difícil noticia: ya no era posible realizar una nueva cirugía reparadora. Y si la enfermedad progresaba, un trasplante de corazón podía llegar a ser la única opción.

Aquel diagnóstico, duro e inesperado, actuó como un punto de inflexión. Diego asumió un compromiso firme con su salud: adoptó cambios profundos en su estilo de vida y comenzó a trabajar activamente en mejorar su calidad de vida. Incorporó una alimentación más saludable, fue constante con la actividad física y se integró rápidamente al equipo de rehabilitación cardiovascular, siempre bajo supervisión médica especializada.

En pocos meses logró bajar de peso, iniciar un tratamiento farmacológico eficaz para frenar el avance de la enfermedad y, además, tomó plena conciencia de los desafíos que representa, en nuestro país, la donación de órganos para trasplante, una problemática que sigue siendo urgente.

Desde su propio emprendimiento laboral, Diego se convirtió en un referente. Inspira con su ejemplo. Logró generar conciencia en muchas personas, sin dejar de trabajar ni de participar activamente en actividades científicas, compartiendo su experiencia con distintas sociedades médicas.

Actualmente, continúa con sus controles cardiológicos periódicos, pero ya no se encuentra en lista de espera para trasplante.

Diego es, sin dudas, un paciente especial. Ha superado enormes desafíos y continúa educando con su testimonio, su compromiso y sus acciones. Nos enseña no solo a sus pares, sino también a su familia y a quienes tenemos el privilegio de acompañarlo en su cuidado.

Natalio Seveso

COMPARTIMOS MUCHAS COSAS Y CHARLAS SOBRE CARDIOPATÍAS CONGÉNITAS

No puedo olvidarlo. Aunque ya casi no recuerdo exactamente cuándo, sé que fue Amalia quien me dijo que iba a necesitar un marcapasos. Lloré. Pensé mucho. Tuve sentimientos encontrados sobre la vida, sobre cómo puede cambiarte para siempre, cuando menos lo esperás.

Esas semanas fueron muy duras. Nací con una cardiopatía congénita: una transposición de grandes vasos. Pero creo que fue aquella tarde, en plena pandemia, con Amalia y mi esposa a mi lado, cuando realmente comprendí que estaba enfermo. Amalia no dudó en brindarme su apoyo y su contención.

—Comunicate con Diego Laneve, tiene la misma patología —me dijo.

Esa misma tarde llamé a una persona que, hasta entonces, era totalmente desconocida para mí. Pensé que lo único que teníamos en común era la misma médica. Pero ¡cuán equivocado estaba! Diego me atendió en el primer timbrazo. Y fue su voz la que me brindó exactamente lo que necesitaba en ese momento: contención, ánimo, esperanza.

Desde entonces, Diego siempre está. Es un ejemplo de tenacidad, de lucha, de valentía. Un modelo al que, ojalá, algún día pueda parecerme.

Con el tiempo, compartimos angustias, pero también momentos memorables, muchos de ellos acompañados por excelentes vinos.

Gracias por dejarme ser parte de este camino compartido. Y que vengan muchos kilómetros más.

Te quiero, amigo.

Luciano

UN CRACK, VETERANO DE MALVINAS. UN DISTINTO

Hay circunstancias que nos llevan a conocer realidades impensadas, lejanas, casi inimaginables, y sin embargo terminan atravesando nuestras propias vidas. Esas puertas, que se abren de forma repentina, suelen ser asombrosas, inesperadas e impredecibles.

Recuerdo aquella camilla tibia, artificialmente calentada para mantener la temperatura corporal, mientras el Dr. Spaletra me realizaba un cateterismo. La noticia retumbó en mi cabeza y recorrió mi cuerpo con un escalofrío imparable: sin demasiados rodeos, me informaron que la única forma de sobrevivir era mediante una operación a corazón abierto. Un triple bypass. A mis cincuenta y siete años, jamás había imaginado atravesar algo así.

Tres meses después, y tras una batería de estudios y preparaciones, la cirugía ya era un hecho. Pasaron algunos meses más y no dudé en sumarme al Comité de Pacientes del ICBA. Sentí que debía compartir mi experiencia, vivida de golpe y sin aviso, con otros pacientes que, como yo, buscaban contención y guía.

En aquellas reuniones, junto a lo que cariñosamente llamamos nuestros "colegas del corazón", tuve la fortuna de conocer a decenas de personas que atravesaron situaciones tan distintas como valiosas. No mejores ni peores, simplemente distintas.

En una de esas charlas tomó la palabra un tal Diego. Contó que atravesaba un momento delicado, una complicación que sus médicos estaban monitoreando de cerca. Su caso no era nuevo:

convivía con una cardiopatía congénita desde su nacimiento. Desde ese instante, sentí por él una profunda admiración que no ha dejado de crecer con el tiempo.

Gracias a Diego, aprendí mucho más sobre el universo de las enfermedades cardíacas: la importancia de la donación de órganos, el rol fundamental de los desfibriladores en espacios públicos, el funcionamiento de los distintos dispositivos que se implantan para asistir al corazón... y tanto más.

También me conmovió su pasión por Latidos Wines, su emprendimiento personal, donde cada botella tiene una historia, un significado, un latido. Es admirable cómo logra unir sus vivencias con su trabajo y su mensaje de vida.

Es imposible no emocionarse al escuchar algunas de sus frases, que ya adopté como propias:

"Cada latido se agradece."

"¡Vamos que vamos!"

Dichas por Dieguito, cobran otro peso, otra dimensión.

Diego Laneve es, sin lugar a dudas, el ejemplo más cercano y más potente de lo que significa la palabra resiliencia.

Silvio Miotto

QUIEN ME ABRIÓ LA PUERTA A OTRA OPORTUNIDAD

Conocí a Diego gracias a nuestras historias de vida, tan parecidas en muchos aspectos. Coincidimos a través del grupo Otra Oportunidad, una red de contención creada por personas del ICBA, el lugar donde fui operada del corazón, y donde tanto Diego como yo continuamos con nuestros controles y tratamientos.

Este maravilloso grupo está formado por pacientes que ya atravesaron intervenciones cardíacas y que reciben con empatía a quienes están por operarse. Compartimos nuestras experiencias para dar ánimo, disipar miedos y acompañar, desde lo vivido, un camino que no es sencillo: que suele ser duro, sobre todo en lo emocional.

Diego es una persona profundamente admirable. Tiene una fortaleza inmensa para enfrentar los desafíos que le ha presentado su salud, y ha pasado por momentos realmente difíciles. Siempre lo acompaña su familia, ese pilar incondicional que también lo sostiene, como a muchos de nosotros. Pero lo que más resalta en él es su entusiasmo, sus ganas de seguir adelante, de ayudar, y hasta de emprender, como lo ha hecho con la creación de esos vinos tan especiales que lo representan.

Me siento honrada de formar parte de este grupo. Poder ayudar con mi experiencia, tender la mano a quien lo necesita, es una de las formas más puras de agradecer la vida. Porque de eso se trata: de tener otra oportunidad.

Gracias, Diego, por darme el espacio para contar esto. Me alegra, profundamente, que seamos parte de este GRUPO, así, con mayúsculas. Porque lo que hacemos, lo hacemos con el corazón.

Vanesa y Marcelo

MI FAMILIA POR ELECCIÓN

En noviembre de 2017, cuando cursábamos el quinto mes de embarazo, un ecocardiograma fetal reveló que nuestro hijo, Ian, tenía una cardiopatía congénita. De un momento a otro, todo se volvió oscuro. La realidad golpeaba nuestras ilusiones, y nos dejaba sin aliento. Mientras secábamos esas primeras lágrimas, decidimos entregarnos a Dios, confiando en que no nos dejaría solos ante lo que nos esperaba.

Días después, saliendo de un Oficio Divino al que asistíamos frecuentemente en Villa Urquiza, sentimos la necesidad de compartir nuestra situación con uno de los pastores, con quien ya habíamos hablado en otras oportunidades. Nos ofreció palabras de contención y pidió nuestro consentimiento para comentarlo con los demás pastores, con el fin de acompañarnos en oración.

Cuando estábamos por regresar a casa, se nos acercó otro pastor, a quien solíamos ver, pero con quien nunca habíamos cruzado palabra. Se detuvo frente a nosotros y, de forma casi fulminante.

— Yo nací con una cardiopatía congénita. Fui operado en 1978 por el equipo del doctor Kreutzer, con apenas unos meses de vida... y acá me tienen, con casi treinta y nueve años —nos dijo.

Nos despedimos sin poder responder. Atónitos. Pero nuestras miradas lo dijeron todo. Caminamos las siete cuadras de regreso a casa sin emitir palabra. Solo nuestras lágrimas hablaban. Pero esta vez, no caían por miedo: caían llenas de esperanza.

Desde ese momento, Diego se convirtió en un pilar fundamental para nosotros. Nos acompañó con una conexión emocional y espiritual profunda, con fe, luz, paz y templanza.

Si tuviéramos que sintetizar lo que significó, y sigue significando, Diego en nuestras vidas, elegiríamos dos palabras: fortaleza y esperanza. Fueron esas virtudes las que nos sostuvieron y nos mantienen aún hoy de pie. Porque cuando los valores se comparten desde el corazón, no se pierden: se multiplican.

Y aunque el corazoncito de Ian no logró superar su segunda operación, seguimos caminando, abrazados a esas convicciones que tanto nos dieron. Diego no solo fue un ejemplo de vida: fue una guía. Fue familia. Fue elección del alma.

Gaby Tricerri

LA PROFE DE REHABILITACIÓN CARDIOVASCULAR

Tuve el placer de acompañar a Diego en su proceso de Rehabilitación Cardiovascular. Si hay una persona resiliente, sin dudas es él.

Como profesional del Deporte y la Salud, veo a diario cómo cada persona enfrenta la vida a su manera, y cómo eso se manifiesta en su cuerpo. En el caso de Diego, su cuerpo habla de esfuerzo, de coraje y de una actitud imparable frente a la adversidad.

Diego pone garra en cada paso. Siempre va por más. Contagia energía, alienta a los demás, acompaña, se divierte. No se queda quieto: se propone desafíos y los persigue con determinación. A lo largo de su camino ha enfrentado muchos obstáculos, pero supo, y pudo, sobreponerse una y otra vez.

Siempre lo da todo, respetando sus límites y escuchando a su cuerpo. Entendió el verdadero sentido del camino de la rehabilitación: transformó las dificultades y el dolor en oportunidades. Aquello que a muchos los frustra o paraliza, a él lo impulsa hacia adelante. Diego es transformación en estado puro.

Pelea cada batalla con convicción. Y lo más importante: lucha, pero también valora la vida.

Admiro profundamente a personas como él.

Sofía, mi psicóloga.

LA QUE ACOMPAÑA Y ESCUCHA MIS LOCURAS

«¿Y si te ponés en mi lugar y ves lo que siento?»

Ocho de agosto de 2019. Me indicaron ir a ver a un paciente en la habitación de hemodinamia. Entré... y de la misma forma salí. No fue necesario hablar: nos supimos leer con la mirada. Vos, devastado emocionalmente, sin ganas de hablar con nadie. Yo, con la certeza de que iba a poder ayudarte... cuando estuvieras listo para recibir esa ayuda.

Casi dos años después, recibí un mensaje tuyo. Me decías que necesitabas verme en el consultorio y que querías que te acompañara en todo tu proceso. Ese proceso que, en ese instante, también se volvió mío.

Tengo que admitir que me costó empezar a escribir estas palabras. Recordar todo lo vivido juntos me llevó a recorrer una maratón de emociones. Cada palabra que ahora pongo en este texto es un reflejo de tu fortaleza, de tu esencia tan única, de esa forma increíble que tenés de mirar la vida.

Siempre supimos que tu historia podía inspirar y motivar a otros que atraviesan desafíos similares. En cada red que tejimos juntos, nunca sentí miedo de compartir tus pensamientos ni tus emociones, porque ahí, en tu autenticidad, reside el verdadero poder de tu relato.

Durante el proceso terapéutico, nunca faltaron los sueños ni los proyectos. Muchos ya se cumplieron. Como "Latidos". Escribo esto y me invade la emoción… Todo lo que lograste es inmenso. Y fue gracias a vos, pero también a esa familia maravillosa que llevás tatuada en el corazón como parte esencial de tu existencia.

Gracias por ser espejo.

Gracias por ser tan valioso.

Gracias por tu lucha diaria.

Me siento profundamente agradecida de acompañarte en este viaje.

Tu libro es testimonio fiel de una vida luminosa, vivida con sentido y entrega.

"Las palabras nunca alcanzan cuando lo que hay que decir desborda el alma."

Julio Cortázar

CAPÍTULO 3

Ocho de agosto de 2019...

Llegó el día de los estudios pre-trasplante. Nervios, incertidumbre, miedo y mil pensamientos cruzando la cabeza.

El día comenzó a las cinco de la mañana, ya que a las seis debía internarme y dar inicio al proceso. Hice el ingreso: yo, por un lado, a la habitación; Linda, mi compañera de vida, esperando en el hall de recepción.

En mi vida me habían hecho veintitrés cateterismos, pero nunca uno en la adultez. Era diferente. Esta vez no se trataba de minutos... cada segundo se sentía eterno.

Me asignaron la habitación cuatrocientos dos, lo recuerdo como si fuera hoy. A las ocho en punto apareció Pablo Spaletra para llevarme a la sala de hemodinamia. Fui caminando. Recuerdo claramente esa camilla. Sabía que el cateterismo era con anestesia local, es decir, estaría despierto durante todo el procedimiento.

La verdad, salvo por algunos momentos puntuales, no sentí dolor. El estudio duró unos cuarenta y cinco minutos. Luego regresé a la habitación, con la pierna inmovilizada y un medidor de presión en la pierna derecha. Cada dos horas venían a controlar.

Ese mismo día me realizaron siete ecografías y dos radiografías. Más tarde, retiraron el medidor de presión… fue la única vez que puteé en el ICBA. Me dolió como pocas cosas en la vida. Vendé la pierna con un film, hice unas horas de reposo… y me dejaron ir a casa.

Antes, claro, fuimos entrevistados por el equipo de psicólogos y psiquiatras del ICBA. Porque el corazón no solo necesita bisturí: también necesita contención.

Empezaba una nueva vida. Tocaba esperar los resultados y planificar los pasos a seguir. Consultas semanales, más estudios por delante. Vinieron laboratorios, pruebas de compatibilidad, análisis varios. Me hicieron un ecoestrés, un test cardiopulmonar y otros estudios de rutina.

De no poder realizar ninguna actividad física, gracias a la medicación, la alimentación saludable y, por supuesto, la mano de Dios, pude comenzar Rehabilitación Cardiovascular el 29 de septiembre.

El equipo de profes del ICBA son verdaderos genios silenciosos. Llegué a asistir tres veces por semana y, honestamente, me cambió la vida**.**

Finalmente, el veintidós de noviembre, después de tantos estudios y tanto papeleo burocrático con la prepaga, logré ingresar a la lista de espera del INCUCAI**,** en estado de baja transitoria, ya que mi evolución había sido muy buena. Aun así, los cuidados y los riesgos seguían presentes, por lo que no podía descuidar ni un solo frente.

Fueron días y meses difíciles, pero siempre confié: en Dios, en mis seres queridos, en los médicos, que fueron y siguen siendo mi garantía y mi tranquilidad.

Vale recordar que el corazón es el órgano más difícil de trasplantar: por su cavidad, su peso, su forma y varios factores más, el procedimiento es complejo.

Desde aquel momento, entendí que todo había cambiado. Cualquier internación, síntoma o deterioro obliga a ir al ICBA de inmediato. Cualquier signo puede acelerar los tiempos del trasplante.

Y con eso… tu vida cambia para siempre.

Alejandro Germanos

PACIENTE TRASPLANTADO EN EL ICBA

Te cuento que fui operado a los dieciocho años por una coartación de aorta. Luego de la intervención, continué mi vida bajo un tratamiento médico constante, ya que padecía una enfermedad llamada miocardiopatía dilatada, que hace que el corazón se agrande progresivamente.

A medida que la enfermedad avanzaba, en 2014 ingresé en la lista de espera para un trasplante. En 2019, me mudé a Buenos Aires con mi esposa y mis dos hijos, buscando estar más cerca del centro médico y afrontar esta etapa en familia.

En febrero de 2021 me internaron: mi corazón ya no resistía más. La espera se volvió larga, emocionalmente difícil y físicamente extenuante. El once de agosto me colocaron un balón intra-aórtico para ayudar a mi corazón a seguir latiendo, y ese mismo día ingresé en emergencia nacional.

Recuerdo la noche anterior al trasplante haber hablado con vos. Me diste fuerzas, me hablaste de ese famoso veintiuno de agosto, me pediste que tuviera fe y confianza… y así fue.

El veintiuno de agosto llegó mi nuevo corazón. Gracias al gesto inmenso de un donante y su familia, recibí una nueva oportunidad de vida.

Hoy disfruto plenamente de mi existencia. Disfruto de mi hermosa familia, valoro cada instante, y agradezco todos los días por el simple hecho de despertar. Como les digo siempre a mis hijos:

"Ser feliz es una obligación".

CAPÍTULO 4

2020: La bendita pandemia...

Un año que comenzó con expectativas, con entusiasmo, sabiendo que sería decisivo para mi salud por todo lo que venía atravesando.

Iniciamos con estudios: un análisis de laboratorio y un ecodoppler. Recuerdo que en 2019 la fracción de eyección (FEY) había marcado un preocupante diecinueve por ciento. Esta vez, la medición subió a veintidós por ciento. Puede parecer un número insignificante, pero fue casi un milagro, porque en los cuadros de insuficiencia cardíaca la tendencia suele ser descendente.

Y en medio de eso… llegó la pandemia.

Siendo paciente de riesgo, prácticamente vivimos en aislamiento junto a Linda, Joaqui y Pepo. Entre el trabajo, las clases virtuales de los chicos y la rutina del hogar, los días se volvían eternos. Aun así, no dejamos de lado los controles médicos.

Cada vez que tenía un turno en el ICBA, caminaba desde casa ida y vuelta. En plena pandemia, seguía en lista de espera del INCUCAI, mientras a nuestro alrededor veíamos y escuchábamos historias que nos asustaban y entristecían.

Pero jamás dejamos de ejercitarnos, de alimentarnos bien ni de cumplir con cada estudio programado. Ese año me hice más de quince controles médicos**.**

Muchos pacientes, por temor lógico, dejaron de atenderse. Y es entendible. Pero con el corazón, no se puede dejar pasar el tiempo: la prevención salva vidas. Un diagnóstico a tiempo puede cambiarlo todo.

Terminamos el 2020 estables, aún en lista de espera, y observando la evolución día a día.

Recuerdo una escena particular: un sábado por la mañana salí a buscar la medicación, que es de por vida. Iba caminando cuando me detuvo la policía en la calle. Les expliqué la situación, pero no me creyeron. Les mostré mi carnet del INCUCAI y finalmente me dejaron continuar. Una anécdota más de un año inolvidable.

El 2020 será recordado por todos durante mucho tiempo…

Pero yo lo recordaré como otro año en el que seguí latiendo**.** Y cada día, más fuerte.

CAPÍTULO 5

Un nuevo cateterismo...
2021, un año de avances

Comenzaba un nuevo año, y con él, nuevos desafíos para seguir avanzando en materia de salud. La insuficiencia cardíaca, lo sabemos, aún no tiene cura. Pero como dije más de una vez: *yo quiero curarme y ser el primero en lograrlo*.

Esta enfermedad puede estabilizarse o empeorar, pero siempre está. La clave está en no rendirse.

El año arrancó con varios estudios ya familiares para ustedes, lectores de los capítulos anteriores:

- Ecodoppler
- Ecocardiograma de estrés
- Laboratorios
- Test cardiopulmonar
- Presurometría

Y así llegamos al veintiocho de septiembre, cuando me realizaron un nuevo cateterismo: el número veinticinco. Un número que me acompaña siempre, nací un veinticinco, me operaron un veinticinco … y con este, sumo veinticinco cateterismos.

Esta vez era diferente: estaba programado para la tarde, a las quince, y el país recién comenzaba a salir de la pandemia.

Apareció entonces la gran Lucrecia

—Vamos a tomar presiones dos veces, así que haremos un cateterismo primero, descansás dos horas y repetimos — me dijo, con tranquilidad.

No lo podía creer.

—No puede ser…— dije en voz baja.

Minutos después, llegó Pablo Spaletra y me ofreció una opción:

—Si te la bancás, lo hacemos completo de una sola vez y terminamos.

Ni lo dudé. Lo que no me habían explicado era *todo lo que implicaba ese cateterismo completo*…

Fui caminando, como siempre. Me acosté en la camilla. Me aplicaron anestesia en la ingle derecha, pero como ya tenía diez cateterismos anteriores por ese lado, no era viable.
—Probamos por el lado izquierdo —dijo el médico.

Aplicó anestesia y comenzó el procedimiento.

Al principio, todo marchaba bien. A los veinte minutos, me sentía estable. Pero luego me advirtió:

—Ahora viene la segunda parte, para ver cómo están las arterias y venas del corazón.

Las primeras cuatro inyecciones fueron soportables.

De la cinco a la doce, más duras.

Desde la trece en adelante, *fue terrible*.

Me costaba respirar, sentía un ardor insoportable, se me secaba la garganta… y sí, puteé como nunca.

Fueron diecisiete inyecciones en total. Una experiencia durísima.

El procedimiento duró una hora y quince minutos. Cuando volví a la habitación, no tenía hambre ni sed. Solo quería irme a casa.

Esta vez, el reposo fue más largo, y la pierna me dolió por varios días.

La buena noticia fue que el FEY subió a veinticinco por ciento, un punto más que el anterior. Y con eso continuaron los controles.

Seguía en la lista de espera del INCUCAI, con una baja transitoria: eso significa que, aunque figurás en la lista, no

participás de las asignaciones de órganos mientras tu estado no lo requiera de forma urgente.

Es un proceso largo, pero en cada paso uno valora más cada latido.

Volvimos a la Rehabilitación Cardiovascular.

Poco a poco, la vida empezaba a parecerse a la de antes de la pandemia, aunque con todos los aprendizajes que esa etapa nos dejó.

En lo personal, 2021 fue un año de evolución y crecimiento, y por eso lo celebré. Seguimos latiendo, y con más fuerza que nunca.

Ese año me marcó de forma especial.

Hablando con Alejandro, quien llevaba ocho meses esperando un corazón, le dije:

—Tengamos fe. Ese corazón va a aparecer.

Y apareció.

Hoy, además de estar trasplantado, nos une una gran amistad.

CAPÍTULO 6

2022: Un año de gran evolución en el tratamiento

El año comenzó, una vez más, entre chequeos, consultas, estudios y controles.

Los clásicos:

- Ecodoppler
- Ecocardiograma de estrés (Ecostress)
- Laboratorio
- Test cardiopulmonar
- Presurometría

Para sorpresa del equipo médico especializado en insuficiencia cardíaca y cardiopatías congénitas, mi evolución era notable.

Todo gracias a una alimentación balanceada —sin sal—, ejercicio regular y descanso adecuado.

El FEY (fracción de eyección del ventrículo) llegó al treinta y dos por ciento.

Un número impensado allá por 2019, cuando, sin saberlo, si no cambiaba de hábitos, me quedaban apenas unos meses de vida. O quizás menos, si la temida muerte súbita, tan mencionada y tan poco comprendida, se hubiese adelantado.

Pero apareció una luz. Una esperanza real.

Y yo seguía confiando, como siempre, en que la fábrica de los milagros no cerró. Al contrario: Dios la abre todos los días.

Continué con el programa de Rehabilitación Cardiovascular y, además, comenzamos a fortalecer el Comité de Pacientes dentro del ICBA.

Porque, como reza la frase:

"Ya sabemos por lo que pasamos."

Y desde ahí, desde otro lugar, más empático, más comprometido, empezamos a mirar al otro con más profundidad. Nos encontramos con historias similares, distintas, difíciles. Pero todas con algo en común: personas que luchan cada día por seguir viviendo.

Desde entonces comprendí que cada uno lleva su carga, muchas veces en silencio, muchas veces con lágrimas. Y aprendí que siempre es bueno hablar con alguien en quien confiás. Desahogarse, poner en palabras lo que duele, te permite ver las cosas desde otra perspectiva.

Ese año también llegaron los tatuajes a mi vida, con dos frases que me marcaron profundamente. En el brazo izquierdo:

"***by Latidos***", acompañado de un corazón latiendo.

En el derecho:

***Un diseño mitad corazón, mitad cerebro*.**

¿Por qué ese dibujo?

Porque entendí que el equilibrio entre ambos es clave:

El cerebro dirige, pero el corazón impulsa. Un corazón que no late, no siente. Un cerebro que no piensa bien, no puede tomar buenas decisiones. Ambos se necesitan. Uno sin el otro, no funciona.

Seguimos latiendo, sí. Y pensando, cada día, que vamos a curarnos de la insuficiencia cardíaca.

Además, llevamos cicatrices. En la piel, en el alma, en la mente. Son marcas que cuentan nuestra historia. Son huellas del camino recorrido.

Y nos recuerdan que, a pesar de todo, la vida es hermosa y merece ser vivida intensamente.

CAPÍTULO 7

2023: Un año difícil...
y con un nuevo integrante

El año comenzó, como de costumbre, con chequeos médicos que parecían indicar que todo estaba en orden. Hasta que llegó el famoso dos de mayo.

Ese día me presenté a un ecodoppler de rutina, un estudio que normalmente dura entre diez y quince minutos. Me atendió Agustina Ramos, especialista en cardiopatías congénitas y parte del equipo de la Dra. Elizari.

Me recosté tranquilo en la camilla, como siempre, sin imaginar lo que iba a pasar. A los pocos minutos, Agustina.

—¿Te sentís bien? — me preguntó.

—Sí, perfecto —le respondí.

—¿No sentís palpitaciones, mareos?

—No, ¿por qué? ¿Qué pasó?

—Tenés ciento cincuenta pulsaciones por minuto... Sos completamente asintomático.

El estudio terminó ahí mismo y me derivaron directo a guardia del ICBA. Me diagnosticaron fibrilación auricular.

Me realizaron un electrocardiograma, extrajeron sangre y me indicaron iniciar tratamiento con anticoagulantes, que nunca antes había tomado. A partir de ese momento, pasé a tomar siete pastillas por la mañana y una por la noche.

Dos días después, Lucrecia —mi cardióloga— me explicó que era necesario realizar una cardioversión eléctrica (CVE), un pequeño shock al corazón para intentar corregir la arritmia.

Diez de mayo – Día de la CVE

Ese día me presenté temprano en el ICBA para hacerme el estudio denominado: Eco-Doppler color transesofágico con sala de rehabilitación.

Se suponía que serían apenas unos minutos, un poco de descanso y a casa. Pero no fue así.

Durante el procedimiento, los médicos detectaron algo inesperado:

"Presencia de trombo en la orejuela de la aurícula izquierda."

Conclusión: Paciente NO APTO para cardioversión eléctrica.

Encontraron un coágulo en el corazón. Si no lo hubieran detectado a tiempo, probablemente hoy no estaría escribiendo estas líneas.

Un nuevo susto, un nuevo dispositivo. Tras ese episodio, vinieron más estudios: nuevos electros, holter, dopplers, y otro transesofágico. Finalmente, el trombo se disolvió.

Pero el temor a una muerte súbita quedó instalado.

Entonces los médicos decidieron colocarme un desfibrilador implantable subcutáneo**,** el mismo que años atrás le colocaron a Christian Eriksen, el futbolista danés que colapsó en plena Eurocopa. Fue entonces cuando conocí a Mónica Benjamín, y reapareció en escena el gran Charly López**,** un genio de la vida.

La cirugía

La internación estaba prevista para las diez de la mañana. La operación sería al mediodía, pero terminó realizándose a mitad de la tarde.

Duraría una hora y media... pero se extendió a cuatro horas**,** porque el primer dispositivo no funcionó.

Procedimiento final

Se colocó un desfibrilador subcutáneo marca Boston Scientific, en prevención primaria de muerte súbita. Procedimiento exitoso, sin complicaciones. Alta médica con pautas de alarma y seguimiento por electrofisiología. El nuevo "equipo"
Ahora, junto a mi corazón, me acompañan el marcapasos y el nuevo desfibrilador.
Comenzó entonces el proceso de recuperación, que aunque lento, fue bien tolerado por mi cuerpo. Y eso es lo más importante.

Balance final

Cerramos el 2023 con el mismo FEY que veníamos manteniendo y, sobre todo, con nuevas energías para recibir al 2024, un año que, afortunadamente, trajo buenos momentos.

CAPÍTULO 8

2024: Grandes avances...

Este año comenzó con lindas expectativas en materia de salud, y lo más importante es que ¡los objetivos se cumplieron!

Cada vez que se acerca la fecha de un estudio, los miedos, temores y dudas aparecen inevitablemente. Pero esta vez, el resultado del famoso FEY fue de treinta y cinco por ciento.

Un nuevo milagro.

Volvimos a Rehabilitación Cardiovascular, y poco a poco fuimos retomando el impulso para disfrutar la vida con más fuerza que nunca. Y en ese camino, llegó una gran noticia.

Desde noviembre de este año, salí definitivamente de la lista de espera del INCUCAI. Me dieron de baja: por el momento no necesito un trasplante.

Claro que esto se vive día a día y minuto a minuto, sin bajar la guardia.

Es una lucha diaria, un compromiso constante. Es cuidarse, escucharse y tomar verdadera conciencia de cuánto vale el corazón… y lo importante que es cuidarlo todos los días de nuestra vida.

CAPÍTULO 9

Nacimiento de Latidos

En 2019, mientras atravesaba todo lo relacionado con mi corazón, como ya conté en capítulos anteriores, salí un día del ICBA con noticias no muy alentadoras. Las lágrimas se me caían sin poder evitarlo.

Me detuve frente a un semáforo, y ahí mismo me dije «*Todo esto hay que transformarlo en un proyecto*».

Pensé en lo que me apasiona: el vino, la comunicación, las degustaciones, los eventos, y sobre todo… disfrutar la vida.

Ese fue el nacimiento de Latidos Wines.

Una idea que surgió con un propósito doble: concientizar sobre la donación de órganos en la Argentina y promover la prevención de enfermedades cardiovasculares, utilizando como plataforma inicial una cuenta de Instagram.

Al comenzar, decidí cumplir un viejo sueño: tener mi propia marca de vinos. Así nació Latidos Wines, con una primera edición de apenas sesenta botellas etiquetadas como "Diego Laneve, Vino de Autor". Aquellas etiquetas fueron evolucionando cosecha tras cosecha. Vender esas sesenta botellas ya era un logro enorme. Hoy, casi seis años después, llevamos vendidas más de ocho mil.

El proyecto explotó. En plena pandemia hacíamos vivos por Instagram dos veces por semana, entrevistando a futbolistas, músicos, artistas, enólogos, cardiólogos, amantes del vino y público en general.

Un agradecimiento muy especial a Bodegas Aniello, que, tras uno de esos vivos, nos ofreció botellas de su producción para elaborar un vino especial cuya recaudación fue donada al ICBA, con

el objetivo de financiar campañas de concientización sobre donación de órganos.

También impulsamos acciones solidarias para el Hospital Garrahan y otras instituciones. Latidos creció, participamos en ferias, degustaciones y eventos, siempre con el mismo mensaje: donar órganos salva vidas.

En 2022, cumplimos otro sueño: abrir nuestra propia vinoteca. Un lugar distinto, un espacio donde se celebra la vida, donde cada latido cuenta. Un sitio lleno de risas, abrazos, brindis y emociones.

Por nuestras puertas han pasado los mejores enólogos y apasionados del vino de Argentina. También médicos, deportistas, amigos y familia. Fue en ese espacio donde realizamos el primer encuentro sobre Cardiopatías Congénitas en una vinoteca, reuniendo a más de diez pacientes y a varios cardiólogos que brindaron charlas informativas y llenas de esperanza.

En diciembre de 2024, nuestro Bonarda obtuvo noveinta y tres puntos en el prestigioso concurso Vinos Sub30, logrando la calificación más alta de esa variedad en la competencia.

Latidos también nació para ayudar a pacientes del interior del país y a sus familias a poder atenderse en CABA, algo que muchas veces no está al alcance de todos.

Seguiremos luchando todos los días para que la donación de órganos sea una cultura en nuestro país, desde la infancia hasta la adultez. Más de ocho mil argentinos esperan un trasplante, y todos podemos hacer algo para cambiar esa realidad.

Todos somos responsables. Todos debemos concientizar. Todos deberíamos donar nuestros órganos.

Como dice mi admirada cardióloga colombiana Ana Munera:

"Los órganos no van al cielo. En la Tierra los necesitamos."

También formamos un equipo de radio que durante dos años entrevistó a los cardiólogos más prestigiosos de Latinoamérica. Luego pasamos a YouTube con el programa Latiendo, donde hicimos cuatro emisiones memorables.

En febrero de 2023, lanzamos un vino especial: “Corazón del Bajo”, en homenaje a Excursionistas, mi club del barrio. La iniciativa busca recaudar fondos para comprar un desfibrilador para la institución. El proyecto sigue vigente, y lo vamos a lograr.

Quiero cerrar este capítulo con algunos agradecimientos especiales:

A Linda, que me apoyó desde el primer minuto. Gracias totales. Te amo.

A Joaco y Pepo, mis gigantes, por quienes mi corazón sigue latiendo con fuerza.

A Claudinho, Pedro, Charly López, y tantos otros que siempre están.

El agradecimiento es eterno.

Seguiremos trabajando para que haya más desfibriladores visibles en todos lados, porque la muerte súbita puede sorprendernos en cualquier momento. Es fundamental que desde el jardín de infantes se enseñe RCP, porque muchas vidas podrían salvarse con ese conocimiento.

Gastón Banno

PROPIETARIO DE FAMIGLIA BANNO

Cada palabra de este libro fue escrita por alguien que sabe, con certeza, que no hay tiempo que perder. Alguien que aprendió a honrar la vida viviéndola con una pasión que arde, que impulsa y que nunca se guarda nada.

Diego lo da todo.

Siempre.

Hasta el último latido.

Diego García

UN GRAN AMIGO

Conocí a Diego durante una entrevista laboral. Su energía y empatía fueron tan genuinas y poderosas que no tardé en darme cuenta de que era la persona indicada para formar parte del equipo.

Con el tiempo, confirmé que no me había equivocado: su presencia potenció el trabajo de todos, transformando cada jornada con su actitud positiva.

A medida que fuimos compartiendo más, conocí también su historia cardíaca, y descubrí a un hombre con una inquebrantable voluntad de vivir.

Gracias a él comprendí que, incluso en los momentos más difíciles, solo se necesita una cosa para seguir adelante: garra y corazón… sobre todo, mucho corazón.

Leo Jovanovich (Minuto Vino)

UN DISTINTO DENTRO DE ESTE MUNDO

Soy comunicador del mundo del vino. A fines de 2021 asistí a una feria con la intención de descubrir nuevas etiquetas, y conocer bodegas interesantes y generar contenido para Instagram.

Después de recorrer casi toda la feria y degustar una buena cantidad de vinos, ya sobre el cierre del evento, me encontré con Gonzalo. Nos saludamos —nos habíamos cruzado en alguna degustación anterior— y charlamos unos minutos sobre los vinos que habíamos probado. En un momento me dice con entusiasmo:

—¡Tenés que conocer los vinos de LATIDOS!

Le comenté que había pasado varias veces por ese stand, pero siempre estaba lleno y, con tanta gente, lo terminé dejando pasar. Eran cerca de las once y media de la noche, y la feria ya estaba cerrando: los expositores comenzaban a desmontar sus puestos, guardaban botellas, copas, todo.

Sin embargo, Gonzalo, con una vehemencia que le agradezco hasta el día de hoy, me tomó del brazo y me llevó directamente al stand de LATIDOS. Allí había tres personas embalando lo último. A pocos metros de llegar, una de ellas me reconoció.

—¡Mirá! ¡Es el tipo que hace videos de vinos! — dijo, con afecto.

Era Diego Laneve.

Me contó que seguía mi trabajo, que había visto algunas reseñas, me felicitó con sinceridad… y me explicó que ya no podíamos probar los vinos porque estaba todo guardado. Charlamos brevemente sobre su proyecto, y lo único que me quedó grabado en ese momento fue que LATIDOS era una línea de vinos que promovía la donación de órganos.

Antes de despedirnos, Diego me regaló una botella de su Bonarda. Agradecí el gesto, saludé a todos, pero con él me di un fuerte y largo abrazo. Lo recuerdo con total nitidez.

Semanas después probé el vino —exquisito— y empecé a interiorizarme. No solo por la calidad de sus etiquetas, sino por lo que había detrás: la historia de Diego, su cardiopatía congénita, sus operaciones, tratamientos, médicos, su familia, su lucha incansable por la concientización sobre la donación de órganos… y, sobre todo, su empuje. Su garra. Sus enormes ganas de vivir.

Con el tiempo, el proyecto LATIDOS se consolidó. Diego abrió su vinoteca, y allí disfrutamos de muchísimas noches de degustaciones donde no solo se comparten grandes vinos, sino también experiencias de vida. Y, sobre todo, se forjan amistades.

Muchas veces se habla de las personas que uno admira. Algunos mencionan héroes nacionales, futbolistas, figuras históricas, familiares... En mi caso, admiro a solo tres personas: mi amiga Bea, mi compadre Charly, y Dieguito Laneve.

Sobre los dos primeros podría hablar muchísimo, pero hoy quiero concentrarme en Diego.

ADMIRO su capacidad para afrontar las dificultades físicas que la vida le ha presentado.

ADMIRO la familia que construyó.

ADMIRO la energía que imprime en cada uno de sus proyectos.

ADMIRO sus ganas de vivir.

ADMIRO su habilidad para sobreponerse a los golpes y seguir con una sonrisa.

ADMIRO su mirada siempre puesta hacia adelante.

Diego: agradezco tu amistad, tu generosidad, tu forma de compartir la vida.

Y quizás te estés enterando ahora, pero también te agradezco por la fuerza que irradiás, esa que me hace reflexionar cuando a veces me toca atravesar mis propias dificultades.

GRACIAS.

Esteban y Karina

PARTE DE LA FAMILIA LATIDOS

Una tarde de viernes, al pasar por un local de la calle Triunvirato, vimos luces encendidas y un grupo de personas riendo, conversando y disfrutando juntos. La curiosidad nos ganó. Buscamos en redes sociales para saber de qué se trataba y quién organizaba esos encuentros. Justo esa semana había una cata, así que le escribí a Diego y le pregunté:

—Somos dos, ¿podemos ir? ¿Cómo se hace?

Su respuesta fue simple y directa:

—Vengan con ganas de pasarla bien... y traigan algo para donar al Hospital de Niños.

Nos conocimos esa noche, y fue entonces cuando descubrimos que nos unían historias similares. Caminos que se cruzan, vidas marcadas por cardiopatías. Nos entendimos enseguida, como si nos conociéramos de antes.

Hoy, nos llena de alegría poder estar presentes y dejar estas palabras. Participar, colaborar, sumar a esta comunidad que se fortalece con cada latido, con cada encuentro, con cada historia compartida.

Qué lindo es estar con vos, Diego, acompañándote en este camino y ayudándote a dar forma a todo lo que querés expresar.

Javier Díaz

UN DISTINTO DENTRO DEL MUNDO LATIDOS RESILIENCIA

Definición (RAE):

Del inglés resilience, y este del latín resiliens, -entis, participio presente activo de resilīre, 'saltar hacia atrás', 'rebotar', 'replegarse'.
f. Capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o a un estado o situación adversos.
f. Capacidad de un material, mecanismo o sistema para recuperar su estado inicial cuando ha cesado la perturbación a la que había estado sometido.

Claro… se entiende. Pero eso son solo palabras.

La comunicación, o más bien sus limitaciones, hace que existan conceptos que podemos entender desde lo racional, pero que resultan completamente insuficientes para transmitir su profundidad emocional.

Es como ver una fachada de utilería en un set de filmación: entendemos que representa un edificio, pero si nunca vimos uno de verdad, si no lo habitamos, jamás sabremos lo que realmente significa. No podremos imaginar lo que es buscar el ascensor, confundirse de piso, abrir la puerta equivocada, ver una mancha de humedad por primera vez o asomarse al décimo piso y sentir vértigo.

Con la palabra resiliencia pasa lo mismo. Todos creemos entenderla. Incluso Hollywood se encargó de grabarla en nuestras cabezas con miles de películas. Pero las películas son, justamente, fachadas. Entendemos las historias, quizás el mensaje… pero no lo sentimos. Y aunque nos pongamos en modo crítico —como buen argentino— y digamos "yo en su lugar habría hecho tal cosa", la verdad es que muy pocos enfrentamos de verdad situaciones extremas como esas.

Pero… ¿qué pasa cuando un día conocemos a alguien que sí las vivió? No en la ficción, sino en carne y hueso. No como personaje, sino como ser humano.

Un día, por esas casualidades de la vida, iba manejando por la avenida Triunvirato, a la altura de Islandia, en Villa Urquiza. Estaba más atento a no pasar de velocidad por las cámaras, cuando vi, sobre mi izquierda, un grupo de gente alrededor de una mesa, tomando vino en la vereda, riendo.

Al sábado siguiente pasé por la misma cuadra y vi el local. Un espacio pequeño, vidriado, con estanterías repletas de botellas. La curiosidad me ganó. Paré.

Cabe aclarar: mi novia Rita (clave en esta historia) es sommelier recibida durante la pandemia. Por ella, terminé aprendiendo, casi sin querer, de cepas, terroirs, y más. Y sí, me gusta el vino. Mucho.

Entré. Adentro, un hombre de mediana edad acomodaba cajas. Al verme, se le achinaron los ojos detrás de los lentes y me sonrió. Era Diego. Charlamos, me recomendó unos vinos de pequeñas bodegas, cosa que me encantó. Me llevé dos vinos salteños.

Volví a los pocos días con Rita. Se presentó, hablaron de vino y nos invitó a una cata... en la vereda.

Ese día conocimos al grupo hermoso que rodea a Diego y a su proyecto, Latidos Wines. Pero no solo hablamos de vino. Hablamos de cardiopatías congénitas, de cirugías, de muerte súbita, de historias reales y crudas.

Quizás por otra de esas causalidades, resultó que yo —médico especialista en Terapia Intensiva, con años trabajando en la

Fundación Favaloro, atendiendo postoperatorios de trasplante— ese día estaba ahí, tomando vino con una persona en lista de espera para un trasplante de corazón.

Diego no era mi paciente, yo no era su médico, y el contexto era distinto. Pero no pude evitar imaginarlo como ese niño internado, pinchado, asustado, solo… y tantos días así. Cuando estaba en ese pensamiento, Diego se acercó con la tercera copa del día… y con esa sonrisa que descoloca como wing habilidoso que deja al defensor desparramado.

Desde entonces compartimos muchas catas, muchas copas, incluso ya pasamos esa frontera argentina de la amistad: compartir un asado.

Hoy, Diego ya no está en la lista de espera. Su esfuerzo, sus hábitos, su determinación, y, por supuesto, su familia, lo ayudaron a mejorar. Y su vino, por cierto, es excelente.

Pero más allá del proyecto, me enseñó de verdad qué significa esa palabra que antes solo entendía de forma abstracta: resiliencia.

Porque no es lo mismo que te cuenten lo que le pasó a alguien, que escuchar a ese alguien decirlo con voz firme y corazón abierto.

No es lo mismo ver una película sobre superación, que compartir una copa con quien vivió esa historia. Y cuando terminás esa charla, entre lágrimas o risas, te ofrece otra copa. Entonces, ahí lo entendés. De verdad.

Gracias, Diego.

El famoso doctor Baranchuk

UN GIGANTE, UN DISTINTO... ¡HASTA HINCHA DE FERRO ES!

Diego es Latidos.

Cada paso que da en la vida es un latido. Un pulso que no solo impulsa su propia existencia, sino también la de todos los que lo rodean.

Diego es un latido constante que nos recuerda que la vida es un proceso continuo de superación, un desafío interminable y, al mismo tiempo, una oportunidad única para seguir aprendiendo.

Latidos Wines es Diego.

Es una herramienta, una excusa, un puente. Un recordatorio de lo importante que es cuidar nuestro corazón.

Podríamos pasar horas debatiendo sobre los beneficios y los riesgos del alcohol para el sistema cardiovascular y el cuerpo en general. Pero Latidos Wines no promueve el exceso ni la irresponsabilidad. No invita a cruzar límites, ni a ignorar lo que dictan las guías médicas.

Latidos es brindar con conciencia. Es disfrutar con sentido. Es, sobre todo, celebrar la vida.

La experiencia personal de Diego, su lucha incansable contra la enfermedad cardíaca, lo llevó, sin buscarlo, a convertirse en un referente en un tema para el que, al principio, no estaba preparado.

Pero insistió, resistió, se sobrepuso a cada obstáculo.

Y, con mucho orgullo, puedo decir que hoy ganó. Ganó confianza. Ganó respeto. Ganó corazones. Muchos de nosotros , médicos,

pacientes, amigos, lo tomamos como ejemplo. Porque su lucha también es la nuestra. Y su victoria, una inspiración compartida.

Gracias, Latidos, por hacerme parte de esta aventura.

Gracias por permitirme sentirme parte de esta familia.

Gracias por recordarme que cada latido que la vida me regala vale la pena vivirlo a fondo.

Alzo mi copa por Diego y por Latidos Wines, desde el otro lado del mundo, pero sintiéndome tan cerca como si estuviéramos brindando en la misma mesa.

Adrián Baranchuk, MD
Profesor de Medicina
Queen's University, Kingston, Ontario, Canadá
Mis vinos con Diego:
QT: Malbec
P-wave: Cabernet Sauvignon
Cuore Argento: Torrontés

Hernán López - Sommelier

BATMALBEC, EL SUPERHÉROE DEL VINO

En una época en la que el mundo entero estaba encerrado, ese encierro también me afectó. Venía atravesando una crisis personal que, justamente por ese aislamiento, se profundizó al punto de tocar fondo.

Y cuando empecé a salir a flote, encontré a muchas personas que me ayudaron a volver a tomar aire. Pero, sin dudas, el tipo más raro, más distinto, más entrañable que apareció en ese momento fue Diego Laneve.

A través de conocidos en común, me contaron que tenía sus propios vinos, que era sommelier, y que yo tenía que conocerlo sí o sí. El primer contacto fue por Instagram, para hacer un vivo y charlar sobre vinos. Y cuando finalmente pudimos volver a salir, no lo dudé: fui a una de sus catas para conocerlo en persona. Desde ese día, no nos separamos más.

La sinergia que se generó entre nosotros nos permitió, y todavía nos permite, vivir momentos muy felices. Unidos por nuestro amor al vino, pero por sobre todo por nuestro amor a la vida.

Este tipo, con el corazón más especial que conozco, un día se me acercó.

—Vos tenés que tener tu vino propio… y lo vamos a hacer juntos —me dijo.

Obviamente le dije que estaba loco, que aunque fuera un sueño, era muy difícil para mí.

Pero fiel a su estilo, fue para adelante, como siempre, y no solo hizo que yo tuviera un vino, sino que tuvimos dos: un Malbec y un Cabernet Franc hermosos e inolvidables.

Después vinieron la radio, los eventos, nuestra propia feria de vinos…

Ese tipo me empujó a dar el puntapié inicial en una pasión líquida que él mismo lleva en las arterias, cargando botellas con cada Latido.

Diego es mi hermano de vino.

Es la sangre que nos unió, y que gracias a Dios sigue corriendo por nuestras venas.

No hace falta que diga cuánto lo quiero, porque se lo digo cada vez que puedo.

Pero lo dejo por escrito, por si alguna vez se le olvida.

Gracias por todo, querido.

Capítulo 10

Vivir con una Cardiopatía Congénita

"La cardiopatía congénita (CC) es una malformación del corazón presente al nacer. Es la anomalía congénita más común y puede afectar tanto la estructura como el funcionamiento del corazón."

Siempre te miran raro cuando contás que tenés una cardiopatía congénita. Te miran raro, como si fuera algo que se contagia, como si fuera una discapacidad.

Pero no, por favor: infórmense.

Se trata de una malformación en el corazón. En mi caso, me marcó profundamente, pero para mí es algo natural. Como nací con esta condición, aprendí a convivir con ella y a respetar sus cuidados, que, en mi caso, fueron mínimos.

Nunca tomé medicación, salvo cuando debía ir al dentista. Por prevención, debía tomar antibióticos unos días antes y después del procedimiento.

Vivir con una cardiopatía es un estilo de vida:

implica ciertos cuidados, temores, a veces más por los demás que por uno mismo, y una enorme conciencia corporal.

Cada cardiopatía es diferente: tiene sus propias características, complicaciones y tratamientos. Y, como cada persona, es única.

En mi caso, tengo una CC cianótica: un grupo de defectos cardíacos que provocan bajos niveles de oxígeno en la sangre, generando una coloración azulada en la piel, los labios y las uñas. Se llama cianosis.

Por favor, no tengan miedo si conocen a alguien con una cardiopatía. No nos traten como si estuviéramos enfermos o fuéramos frágiles. Lo que muchas veces necesitamos no es

compasión, sino información, empatía y contención. Tal vez solo un abrazo sincero, un gesto amable, sentir que somos parte como cualquiera.

La vida se disfruta por completo: hacemos deporte, bailamos, brindamos con una copa de vino. Pero lo más importante es la consulta médica regular, el tratamiento adecuado y el chequeo anual. Y sí, los miedos están, las dudas también, porque cada chequeo trae consigo la pregunta inevitable: ¿Qué dirá el resultado esta vez?

La prevención es clave. Detectar a tiempo permite corregir muchas cosas y transformar estilos de vida.

No nos excluyan. Somos personas.

Queremos vivir, disfrutar, abrazar, gritar un gol, tomarnos un vino, agradecer cada día…

Porque el corazón es el motor de todo lo que hacemos.

Mariana, madre de Luqui (niño con cardiopatía congénita)

“Diego, mi amigo, el que tiene una cardiopatía como Luqui, mi hijo, así suelo nombrarlo.

Lo conocí por recomendación. Sí, me lo recomendaron… porque sin dudas es el ejemplo de que sí se puede, incluso frente a las adversidades más difíciles que atraviesa la vida de un cardiópata.

Es una de esas personas que llamamos “personas vitamina”: siempre con una sonrisa y con su gran frase que contagia: ¡Vamos que vamos!

Para mí, Diego es un gran amigo que conocí en la adultez, pero que siento que me acompaña desde siempre.

Sabe escuchar, sabe acompañar, y lo más lindo de todo: ¡disfruta la vida como pocos!

CAPÍTULO 11

Platense, Excursio

y la parte futbolera de esta historia...

El otro día alguien me preguntó:

—¿No vas a escribir sobre el Club Atlético Platense?

Claro que sí. ¿Cómo no escribir sobre ese club que me ganó parte del corazón en 1987, cuando, a raíz de una promesa, me hice hincha… y lo soy hasta el día de hoy?

En mayo de ese año, Platense jugaba un desempate con Temperley para seguir en la Primera A del fútbol argentino.

—Si gana, me hago hincha de Platense —dije.

Y ganó. El Calamar de Saavedra (hoy en Vicente López) se quedó en primera, y desde entonces llevo con orgullo esos colores. Colores que me dieron muchas alegrías, algunas tristezas, pero sobre todo, una pasión incondicional.

Platense no es solo un club. Es una comunidad, un grupo de amigos que se formó alrededor de una pelota. Allí construí grandes amistades que aún perduran. Algunas de esas personas escriben en este libro; otras alientan desde la tribuna del cielo.

¡Pipotín querido, presente siempre!

Hoy llevo tatuado un calamar en el gemelo izquierdo. Ese símbolo significa mucho para mí. Platense es como mi vida: lucha, esfuerzo, sentimiento. Una entrega cotidiana.

Una de las locuras más lindas que hicimos fue pintar la cancha en 2002, junto a Claudinho y varios más… momentos inolvidables.

Ahora voy a la cancha con mi hijo mayor, el GRAN JOACO. Es nuestro momento sagrado. La pasión por Platense nos une,

compartimos abrazos de gol, charlas futboleras, viajes, frío, lluvia… y siempre estamos. Porque para nosotros, no es solo un partido. Es una herencia emocional que se transmite con amor.

Pero mi corazón futbolero no termina ahí. La otra mitad está arraigada en el glorioso Bajo Belgrano.

Excursionistas tiene la culpa.

Literalmente nací en la puerta de su cancha, sobre Avenida La Pampa. Pasé años hermosos ahí, junto a mi hermano. Caminábamos juntos hacia el estadio, gritábamos goles con los chicos de los monoblocks amarillos.

Esos recuerdos hoy viven en cada paso que doy cuando vuelvo a ese lugar, ahora acompañado por mi hijo. Volver con él fue mágico: pude contarle todo lo que hacíamos con su tío, lo que vivíamos, lo que sentíamos.

Con el tiempo, por medio de un amigo, conocí a Matías Antelo —actual vicepresidente de Excursio— y forjamos una amistad valiosa, genuina. Cada vez que nos abrazamos en la cancha, sentimos lo mismo: amor por el fútbol, por el barrio y por la camiseta.

Uno de los recuerdos más lindos que guardo fue antes de cumplir 45 años: me regalaron la camiseta de Excursionistas con el número 45.

Y sí… como todo hincha, se me llenaron los ojos de lágrimas.

Pedro Vilariño

¡ALGUIEN QUE SIEMPRE QUIERO CERCA!

Hace aproximadamente trece años, siendo presidente del club que amo, recibí un sábado en el predio de inferiores a un pequeño grupo de socios, entre los cuales se encontraba Diego Laneve. Fue una charla muy frontal: las preguntas fueron directas y picantes, tanto como mis respuestas, creo. A partir de ese encuentro, con Diego establecimos una relación de respeto mutuo, intercambiando periódicamente opiniones sobre los problemas de nuestro club.

En ese entonces, no conocía en lo más mínimo lo que él vivía a nivel personal. Siempre se dirigió a mí con un respeto que, siendo honesto, no abundaba durante mi gestión. Esa actitud generó en mí una admiración creciente hacia él. Un socio comprometido, siempre con buena energía, siempre sumando desde el lugar que le tocaba.

Con el tiempo, fui enterándome de la fragilidad de su corazón, algo que contrastaba profundamente con la fortaleza que él transmitía en cada encuentro. Diego es, sin dudas, uno de esos optimistas que no abundan. Su carácter, su templanza, su empuje… todo en él irradia una energía contagiosa.

Hubo un gesto que me marcó profundamente: ya habiendo dejado mi cargo como presidente, y a pocos meses del fallecimiento de mi padre —un pilar fundamental en mi vida—, Diego me invitó a compartir una ceremonia en el templo al que asiste con su familia. Aquello que cantamos tantas veces en la cancha, "y en las malas, mucho más", él lo lleva a la práctica con una coherencia que emociona. Ese gesto fue un enorme empujón en un momento muy difícil para mí.

Desde entonces, forjamos una amistad que, lo sé, me acompañará hasta el último de mis días. Hay que conocer a Diego en profundidad para entender la dimensión de su calidad humana. Nunca lo vi enojado, nunca lo vi perder el control. Siempre optimista, siempre proyectando, alentando, contagiando esperanza. Esa fuerza moral que posee convierte cada instante compartido con él en uno de esos pequeños grandes placeres de la vida.

Podría escribir durante horas sobre lo que Diego representa para mí. Él lo sabe, pero como esto quedará registrado, quiero cerrar con una sola palabra dirigida a mi amigo:

¡GRACIAS!

Gracias por tantísimo y, sobre todo, por haber aparecido en mi vida.

Te merecés todo lo bueno que esta vida pueda darte.

¡Te quiero por siempre, amigo!

Mati Antelo

¡UN DISTINTO DEL BAJO BELGRANO!

Diego está, sin lugar a dudas, entre las personas más generosas y desinteresadas que conozco. Si a eso le sumamos su historia de lucha y superación personal, estamos frente a un ser humano extraordinario, de esos que cualquiera querría tener en su equipo.

En Excursionistas estamos felices y profundamente agradecidos de que juegue para nosotros.

Herny, Quemero

¡ALGUIEN QUE SIEMPRE QUIERO EN MI FAMILIA!

Conocí a Diego en el trabajo, en medio de una supuesta rivalidad futbolística que, de mi lado, no existía ni lograba comprender del todo.

Con el tiempo, fuimos construyendo una gran amistad. Diego es esa clase de persona que te escucha si necesitás hablar, te aconseja si se lo pedís y te acompaña en silencio si no querés decir nada.

Es alguien que da todo sin pedir nada a cambio. Te presenta a sus amigos como si fueran tus amigos de toda la vida, y a su familia como si fuera la tuya.

Con Diego aprendí la importancia de donar órganos, algo que, honestamente, antes no consideraba prioritario. Me enseñó que la vida puede ser dura, ponerte mil piedras en el camino, pero hay que seguir adelante sin mirar atrás.

También intentó enseñarme a descubrir los aromas y sabores en una copa de vino. ¡Pero no hay caso! Por más que me diga: "Es seco, tiene notas de ciruela, sentí la madera…", nunca logro diferenciar lo que me describe. Y sin embargo, compartimos esos momentos con risas, charlas y cariño verdadero.

Gracias, Diego, por ser parte de mi vida.

Matías, alias **"el Marinero"**

UN GRAN PERSONAJE CALAMAR Y AMIGO DE LA VIDA

Corría el año 2002 y teníamos por delante seis meses que resultaban interminables…nos juntábamos todos los sábados bien temprano para hacer esa espera más corta, pintando la cancha de nuestro querido Platense.

Ahí estaba Dieguito siempre proponiendo y queriendo hacer más y más cosas.

Imparable, siempre predispuesto y con sus proyectos personales, trasmitiendo pasión.

A medida que nos fuimos conociendo puedo afirmar que su fuerza de voluntad inquebrantable, fue forjando a la persona que es hoy.

¡Excelente Hijo, Padre y Amigo, un ejemplo a seguir!

¡No dejes de sorprendernos con tus proyectos!

Felicitaciones Diego y gracias por tu amistad.

¡Abrazo Calamar!

Rodo

¡UN GRANDE ENTRE LOS GRANDES! CALAMAR DE LEY

Hace más de 20 años conocí a Dieguito (sí, todavía le digo así, aunque ya estamos grandes los dos). En ese entonces, nuestro querido club estaba al borde de la quiebra y algo había que hacer. Desde nuestro humilde lugar, cada uno aportaba lo que podía. Pero para Dieguito, nada era imposible: organizaba festejos, conseguía sponsors, armaba eventos, rifas, partidos, contactos… lo que hiciera falta.

Así fueron pasando los años, y compartimos muchas cosas: buenas y no tan buenas. Cumpleaños, casamientos, reuniones, cenas, partidos y hasta canchas inhóspitas.

¿Cómo podría definirlo? Padre ejemplar, emprendedor incansable, optimista absoluto, guerrero de la vida. Pero si tengo que elegir una sola palabra, es esta: AMIGO, con mayúsculas. Porque siempre, pero siempre, está cuando lo necesitás.

¡Te quiero mucho, Dieguito! A seguir bancando las malas (por algo somos de Platense) y disfrutando de las buenas que están y de todas las que seguro van a venir.

CAPÍTULO 12

Linda, Joaco y Pepo...

Ella llegó a mi vida en un momento en que nuestras esperanzas de formar una familia comenzaban a desdibujarse. La verdad es que cambió mi vida para siempre, y se lo agradezco todos los días.

Después de dos años de noviazgo, nos casamos y comenzamos una hermosa etapa juntos, que hoy ya lleva casi diecinueve años de matrimonio. Es una mujer con todas las letras: me acompaña, me ayuda, me escucha y estuvo a mi lado en cada uno de los desafíos de salud que atravesé, que no fueron pocos ni fáciles. Siempre estuvo ahí: con un abrazo, con un "fuerza", con un "dale que vos podés". Es una mujer única, y gracias a Dios es mi compañera de vida. El amor de mi vida. Te amo, Lindus.

Juntos atravesamos la tristeza de tres embarazos perdidos, pero el 12 de junio de 2013 llegó Joaquín Esteban, y cambió nuestra vida para siempre. Es el gran Joaco, un príncipe, amante del fútbol, de la PlayStation y de compartir en familia. Tiene una sensibilidad especial: con todo lo que viví en cuanto a mi salud, siempre está con una palabra de aliento, con un abrazo, cuidándome. Nos une, además, una pasión compartida: el Club Atlético Platense. Me acompaña siempre a la cancha; vamos a la platea, al mismo lugar, cada vez. Y cada vez que lo veo jugar futsal, el corazón se me llena de orgullo. Es puro corazón y muy familiero. Te amo, hijo hermoso.

Casi tres años después, el 4 de mayo de 2016, llegó Pedro Agustín, quien terminó de formar la familia que siempre soñé. Pedro es un personaje encantador, curioso, divertido, amante del manga y del anime. Siempre tiene un abrazo o un beso para regalar. Es el gran compinche para acompañar a su hermano a los partidos

de futsal. Aún no quiere venir a la cancha con nosotros; prefiere quedarse en casa para ver los partidos en su lugar de siempre. Y eso también se respeta.

Ellos tres son el motor que hace latir mi corazón.
Mi zona de confort, mi alegría, mi felicidad.
Mi corazón late por ellos y para ellos.

Linda

MI PARTE EN SU HISTORIA COMO COMPAÑERA DE VIDA

Conocí a Diego en un encuentro de jóvenes de la Iglesia. Él asistía a una en su barrio y yo a otra. Nos intercambiamos los mails —en esa época se usaba el Messenger como mensajería instantánea— y, de tanto hablar, nos hicimos amigos virtuales.

Confieso que me daban mariposas en la panza cada vez que lo veía conectarse. Podíamos hablar durante horas y horas. Con el tiempo, nos encontramos para tomar un café como amigos —cada uno estaba en otra historia—, luego compartimos una cena, cada uno acompañado, y en la tercera salida ya no quedaban dudas: algo estaba empezando.

Comenzamos a salir, aunque yo no quería compromisos. Sin darnos cuenta, ya estábamos poniendo fecha de compromiso y casamiento, todo en el 2006.

Con Diego, la vida siempre fue más de lo que imaginé. Es un compañero de vida que está siempre para dar aliento y sostén. Estructurado en algunas cosas y con una fe inquebrantable en Dios, incluso en los momentos más difíciles. Y de esos, vivimos varios. ¿Quién no?

Recuerdo la primera vez que fuimos juntos a ver a la doctora Elizari. Era una de las primeras consultas.

—Hay que ir a trasplante —nos dijo, sin rodeos.

Por dentro, sentí que el mundo se me derrumbaba.

"¿Voy a tener que salir en televisión a pedir un corazón?", pensé, desbordada.

—Traten de estar tranquilos, es un proceso largo —agregó ella, con una calidez que agradecí.

Salimos casi sin hablarnos, entre la rabia, el miedo y la incertidumbre de no saber qué hacer.

Diego se sometió a todos los controles y cuidados que los médicos le indicaron, y así llegó el día en que, finalmente, pudo ingresar en la lista de espera, en estado de baja transitoria, porque venía respondiendo bien al tratamiento. Lo que más destaco es su determinación para salir adelante, sus ganas de vivir. Nunca se dejó vencer. Puso todo de sí: cuerpo, mente, alma y corazón.

Y como todo movimiento genera otros movimientos, hoy, después de tantos años con este equipaje que nos acompaña, siento que hemos aprendido a vivir agradeciendo cada día como una nueva oportunidad.

No sé si soy la fuerte o la confiada en esta pareja, porque según el momento, cada uno toma el rol que hace falta. Sin la fe y la confianza de Diego, yo no hubiera dado ni un paso.

Soy una compañera que sabe que su esposo convive con esta condición, pero también sabe que, para poder seguir adelante, no puede hacerla consciente todo el tiempo.

Diego es un compañero atento, un gran sostén, incluso con sus silencios. Estuvo ahí, incondicional, cuando me tocó atravesar una depresión postparto tras la llegada de nuestro segundo hijo. Supo esperar con paciencia a que ese proceso siguiera su curso.

Es un padre amoroso y presente, apasionado por el fútbol, pasión que logró transmitir a nuestro hijo mayor.

Desde que lo conocí, su otra gran pasión fue el vino. Aprendí con él a degustar, a apreciar sabores, colores, texturas y aromas. Se presentó en un programa de televisión —¿Cuánto sabe usted de vino?—, llegó a la final y ganó una capacitación en la Escuela Argentina de Sommeliers. Más adelante condujo un programa de vinos en un canal de cable, Planeta Vinos. Viajamos a San Juan, hizo notas, y yo lo acompañaba porque lo disfrutábamos juntos.

En casa organizábamos degustaciones. Yo cocinaba y preparaba los maridajes, y él elegía minuciosamente cada botella.

Luego llegó la pandemia.

—Voy a hacer un vivo con una copa de vino —me dijo, de un día para el otro.

Y lo hizo. Sin darse cuenta, nació Latidos.

Con el tiempo, los vivos en Instagram se multiplicaron, y con ellos, los invitados: personalidades del mundo del vino, jugadores de fútbol, médicos y muchas personas que se sumaron con generosidad.

Corría el 2023.

—Voy a alquilar un local y poner una vinoteca —me dijo, sin preámbulos.

Por un lado, era necesario: los vinos ya desbordaban el dos ambientes donde vivíamos. Pero por otro lado, ese paso me dio mucho miedo. Aun así, con su fe y determinación, convirtió ese sueño en realidad. Hoy Latidos Vinoteca es un lugar especial, entre Saavedra y Villa Urquiza, donde no solo se aprende de vinos, sino que se viven momentos únicos, entre cepas y abrazos.

Diego es un luchador, como tantos Diegos que hay en el mundo. Y a mí me tocó —gracias a Dios— caminar la vida a su lado.

Con todo lo que nos tocó vivir, y con lo que vendrá, si es con su fe y confianza, yo no tengo dudas: le tomo la mano… y vamos.

Te amo, Diego. Gracias por dejarme caminar a tu lado en esta vida.

CAPÍTULO 13

Agradecimientos y dedicatorias

Primero, a Dios, por darme la oportunidad de disfrutar esta hermosa aventura llamada vida.

A Lindus, Joaco y Pepo, una de las razones más importantes por las que mi corazón sigue latiendo con fuerza.

A mis viejos, a mis abuelos y a toda mi familia por tantos años compartidos, por su amor incondicional y su compañía constante.

A mi hermano Pal, un gigante con todas las letras.

A mis amigos de siempre, a los que están cerca, a los que están lejos, y a los que alientan desde la tribuna del cielo. A todos, gracias por estar.

A cada médico, enfermero, anestesista y profesional de la salud que cuidó de mí y de mi corazón durante todos estos años. Su entrega hizo la diferencia.

A cada persona que se cruzó en mi camino: quienes me enseñaron, me escucharon o me tendieron una mano en los momentos difíciles.

A todos los que conocí en algún trabajo, feria, evento o simplemente en la vida… ¡gracias!

Este libro está dedicado a quienes hoy esperan un trasplante, a quienes viven con una cardiopatía congénita, a los que alguna vez recibieron un “no se puede” como respuesta automática. A los que fueron marginados o excluidos de una actividad o de un espacio solo por ser diferentes.

Mi corazón sigue latiendo cada día más fuerte por cada uno de ustedes.

No lo olviden: Donar Órganos Salva Vidas

Los órganos no van al cielo… los necesitamos aquí, en la Tierra, para seguir disfrutando la vida.

CADA LATIDO:

SE AGRADECE
SE VALORA
SE CUIDA
SE RESPETA

¡Y VAMOS QUE VAMOS!

Por la segunda parte de esta historia, que aún continúa...

DIEGO LANEVE
Fundador de Latidos Wines
Amante del fútbol, del vino… y de la vida.

¡Gracias a todos por leer, por acompañar y por estar!



klavierediciones

PUBLICAMOSLIBROS
CREAMOSAUTORES

ARTURO ORGAZ 240 8VO 33 — CÓRDOBA —
ARGENTINA
KLAVIEREDICIONES@GMAIL.COM

+54 351 8189460

